
Y van para 30 años Renacimiento, una editorial "literaria"

José Manuel Benítez Ariza

Cuando a uno le piden un artículo sobre la editorial Renacimiento, lo primero que hay que hacer es llamarse al orden. "Ojo: te han dicho que escribas sobre la editorial, no sobre la librería anticuaria con la que comparte nombre y local, ni sobre el artífice de ambas, Abelardo Linares, ni sobre la personalidad de éste, o su obra poética, o sus viajes, o su biblioteca...".

Sobre estas cosas han escrito otros, con tino y gracia: lo hizo Felipe Benítez Reyes en la breve entrada que antepuso a unos poemas de Linares publicados en *Revista Atlántica*¹, y también lo hizo, por extenso, Andrés Trapiello en *Clarín*². Estos dos textos, sobre el Linares poeta y el Linares librero respectivamente, constituirían otras tantas tablas de un incompleto tríptico en el que faltaría, quizá, uno dedicado al editor. Que el azar me haya deparado la ocasión de llenar ese hueco no deja de causarme cierta desazón: quizá me falte, pienso, la intimidad de trato que respira el texto de Benítez Reyes, o la intensa, vivida complicidad generacional e intelectual que emana del de Trapiello. Debo decir, no obstante, a modo de advertencia, para que el lector sepa que las limitaciones apuntadas tampoco me proporcionan la objetividad que suele reclamarse a un escrito para que éste tenga valor documental e informativo, que veo a Abelardo Linares una o dos veces al año, y que incluso me ha publicado algunos libros que cualquier otro editor se hubiese negado a considerar. Como ha hecho, en fin, con un buen número de esos escritores que parecen escribir a fondo perdido, y que seguramente desistirían de hacerlo si algunos de sus libros no arrostrasen -y ya es algo- esa clase de exis-

tencia errabunda que les proporciona haber sido publicados por una gran editorial literaria, sí, pero cuyos libros suelen ser relegados a los rincones más escondidos de las librerías o, en ocasiones, ni siquiera son sacados de las cajas en las que se distribuyen.

Con lo que, de nuevo, volvemos al problema que planteábamos al principio: la dificultad de separar al editor del poeta y del librero de viejo. Una primera ojeada al catálogo de Renacimiento podría inducirnos a pensar que éste responde a los gustos de alguien que, como lector, echa de menos determinados libros en el panorama editorial español y, como escritor, tiene ideas muy claras sobre el tipo de literatura a cuya puesta de largo le gustaría contribuir. Es posible que eso explique, por ejemplo, la existencia en ese catálogo de sendas colecciones dedicadas a la reedición de obras de autores del exilio y viejos maestros olvidados o descuidados en el panorama editorial español. Sin duda el librero de viejo, pensamos, tiene voz y voto en las decisiones del editor. Puede. Por lo mismo, tampoco parece fuera de lugar pensar que el poeta competente y exquisito que es Abelardo Linares tiene mucho que decir en la decisión de editar a determinados autores recurrentes en sus colecciones. Aunque sería abusivo concluir, en fin, que el editor se rige única y exclusivamente por las afinidades electivas que rigen para el escritor. En alguna ocasión, a algún que otro poeta de los que han publicado en Renacimiento se le ha echado en cara su "falta de originalidad" y se ha elevado esa carencia a seña característica del sello editorial en que publica. Son algunas de las escaramuzas de las poco gloriosas guerras literarias que se han librado y se libran en esta remota provincia del ámbito hispánico. Sólo que, en casos como éste, la táctica denigratoria yerra por completo el argumento: conforme el catálogo de Renacimiento ha ido creciendo, desde la fundación de la editorial en 1977, no ha hecho otra cosa que abundar en un rico y bien seleccionado eclecticismo, que abarca, claro está, la

característica escuela de poesía discursiva que a finales de los 70 y principios de los ochenta recogió la herencia de Cernuda, el modernismo y la línea reflexiva e introspectiva que habían cultivado algunos poetas de la generación de los 50, pero que pronto acogió a poetas que diferían de ese camino, o extremaban algunas de sus posibilidades (el coloquialismo o el ambiente urbano, por ejemplo), o tenían un mundo personal y literario difícilmente asimilable a ninguna escuela. Era hasta cierto punto lógico que una editorial con pocos libros publicados pudiera parecer "de tendencia", e incluso tendenciosa, a los impacientes que la juzgaban únicamente por las querencias apuntadas en esos libros; pero, por lo mismo, cabe acusar de miopía a quienes no supieron ver, ya entonces, que esos pocos libros apuntaban a una línea de independencia y a una apuesta por la literatura de indagación personal poco comunes en el panorama editorial, el de entonces y el de hoy.

Esta diversificación de línea estética y nómina de autores experimentó un avance significativo al inaugurarse la primera colección en prosa de la editorial, "Los cuatro vientos", en 1991, con la publicación de *La maleta del naufrago*, de Felipe Benítez Reyes, libro que su autor subtituló como "Cuaderno de notas" y ha sido, hasta hoy, su única incursión en el género diarístico. Pero no sería hasta el número 2 de la colección, *La torre de marfil*, recopilación de artículos del jerezano Francisco Bejarano, cuando ésta no adoptaría su apariencia característica: portadas plastificadas, con diseños llamativos, que combinan el gusto moderno por la "línea clara", el dibujo figurativo y el color, con una lectura creativa de las líneas más re-

Pero, por lo mismo, cabe acusar de miopía a quienes no supieron ver, ya entonces, que esos pocos libros apuntaban a una línea de independencia y a una apuesta por la literatura de indagación personal poco comunes en el panorama editorial, el de entonces y el de hoy.

novadoras de la edición española en el siglo XX.

A esa renovada estética, por otra parte, apuntaban ya algunos de los libros publicados en la década anterior en la colección de poesía "Renacimiento" (la de formato "pequeño", en contraposición a "Calle del Aire", de formato mayor); en concreto, el tríptico compuesto por *El último de la fiesta*, de Carlos Marzal, *Jarvis*, de Lorenzo Martín del Burgo, y *El otro sueño*, de Luis Alberto de Cuenca, los tres publicados casi simultáneamente en 1987. Estos tres libros rompían con el sobrio diseño de la colección para incluir portadas ilustradas en color, a medio camino entre los diseños de las colecciones populares de los años 20 y 30 y el renovado gusto neovanguardista por la máquina, la velocidad y la estética urbana que se apreciaba en las artes plásticas de los 80. Es difícil calibrar el impacto que estos libros atractivos y novedosos tuvieron en quienes entonces empezábamos a familiarizarnos con la actualidad poética española y acogíamos con agrado cualquier indicio de renovación que nos llevase más allá de los acotados dominios que señalaban los manuales. Por lo mismo, hubo quienes consideraron que esos libros significaban la puesta de largo de una escuela poética que, por contar con un creciente apoyo crítico, juzgaban a punto de entronizarse como nueva "tendencia dominante". Otro error de cálculo: los poetas más destacados de esa presunta "tendencia" uniformadora, prosaica y discursiva -ésas eran las lacras que se le atribuían- evolucionarían por caminos absolutamente diferenciados y personales, que superaban ampliamente los procedimientos y asuntos de sus primeros libros, aunque sin renunciar a lo que éstos tenían de apelación a la más sólida tradición poética y renuncia a (o denuncia de) ciertas mixtificaciones que se tenían por dogmas en la literatura del siglo XX.

Es significativo, en fin, que otro de los hitos en la continuada renovación estética de las colecciones de la editorial coincidiera en el tiempo, precisamente, con la madurez literaria de algunos de los

escritores que se estrenaban en los 80: me refiero a la colección de antologías, con su característico diseño a rayas, que se inició con la de Luis García Montero, *Poesía urbana* (2002) y, en el momento en que redacto estas líneas, va ya por su décimo-octava entrega, *El nocturno azahar y la melancolía*, de Pablo García Baena (2006). Los dos autores mencionados pueden dar idea del arco que cubre la colección, ocasionalmente ampliado a maestros inclasificables y escasamente atendidos por otras editoriales, tales como Rafael de León o Agustín de Foxá.

También las colecciones de prosa se han diversificado y han expandido su campo de referencia. A "Los cuatro vientos" hay que añadir hoy las ya mencionadas Biblioteca del Exilio, iniciada en 2000, y Biblioteca del Rescate, inaugurada al año siguiente, o la curiosísima colección "Isla de la Tortuga", dedicada a la amplísima literatura existente sobre la piratería. A la existencia de éstas colecciones se debe que libros como *Literaturas europeas de vanguardia*, de Guillermo de Torre o *Quién es quién en la piratería*, de Philip Gosse, no sean pasto exclusivo de quienes husmean en las librerías de viejo. Aunque convendría añadir que la resurrección y primorosa reedición de estos libros no responde a un prurito de rescate erudito, dirigido a entendidos o estudiosos, sino a la convicción de que esos libros están tan vivos hoy como lo estuvieron en su día, y tienen mucho que decir al lector de hoy. Otra cosa, claro está, es que este lector dé con ellos en medio del maremágnum de novedades que inunda las librerías.

Me dejo algunas cosas en el tintero: las deliciosas colecciones de literatura erótica, los facsímiles de revistas (entre las más recientes, la de la gaditana *Isla*), o las publicaciones de la editorial hermana de Renacimiento, Espuela de Plata. El lector avezado sabrá completar la mucha información que aquí falta, y compensar, quizá, la posible falta de objetividad de estas cuartillas. Aunque también es posible que, si yo no conociera a Abelardo Lina-

res ni le debiese la publicación de algunos de mis libros, estas notas hubieran traslucido idéntica simpatía hacia lo que representa su empresa: un intento serio, fundado, riguroso, de mantener (y van para treinta años, si nos atenemos a las fechas oficiales que se dan en la página web) una editorial exclusivamente literaria, en la que priman el respeto por los autores y sus propuestas y una platónica fe en un lector prototípico, insaciable y curioso, tan intuitivo como bien informado, que responde a estímulos variados y, a la vez, mantiene su fidelidad a determinadas trayectorias... Creo que fue Felipe Benítez Reyes quien definió a Abelardo como "un editor filantrópico", supongo que aludiendo a la quimérica viabilidad de sus proyectos. Porque es más que posible que ese lector ideal no exista, o sea una especie en vías de extinción, y todos esos libros que edita Renacimiento no tengan otro destino -esto es Trapiello quien lo insinúa- que la propia librería de viejo con la que comparte nave en las afueras de Sevilla. Pero también es cierto que, si esa especie de lector tiene alguna posibilidad de remontar su tendencia a la extinción, será por la existencia de fondos editoriales como el de esta editorial, y no por la periódica y abrumadora marea de "novedades" risibles que llegan a los escaparates y que, al alcanzar su inapelable fecha de caducidad, ni siquiera merecen el parco honor de sobrevivir en una librería de viejo: van directamente a la guillotina, y al olvido.

-
1. *Revista Atlántica*, nº 10, Diputación Provincial de Cádiz, 1995.
 2. *Clarín, Revista de nueva literatura*, nº 17, Ediciones Nobel, Oviedo, 1998.